

las más turbias de razas humanas mal desarrolladas y de animales de orden superior, hasta la falta de conciencia en los animales inferiores y vegetales, y la insensibilidad de las demás plantas, se verifica una gradación descendente sin límite que puede marcarse con seguridad, y que la misma gradación desciende desde el huevo vivo de los animales y el protoplasma vegetal, por organismos elementales (partes de la célula) más ó menos imperfectos, hasta los cristales y moléculas químicas¹. „La conclusión por analogía, prosigue NÆGELI, nos dice lo siguiente: como todos los organismos constan y se forman solamente de substancias que se encuentran en la naturaleza inorgánica, es claro que también las fuerzas inherentes á ellas han ingresado en las combinaciones orgánicas... Así también la vida y la sensibilidad son nuevas propiedades relativas que corresponden, en circunstancias particulares, á las moléculas de albúmina... Es, pues, forzoso que así como en toda la naturaleza las fuerzas y movimientos están ligados á las partículas materiales, también las fuerzas y los movimientos espirituales sean ingéritos en la materia, ó con otros términos, que estén compuestos de las fuerzas y movimientos comunes y generales de la naturaleza... Sería, pues, el problema averiguar de qué modo las fuerzas de la materia inorgánica se combinan en las substancias componentes de organismos para que sus resultantes sean vida, sensación, conciencia..”

H. LOTZE abunda en las mismas ideas, sólo que se trasluce al filósofo en su modo de exponerlas. „Aquella aversión á mirar una parte del mundo sólo como medio ciego é inanimado porque la otra consiga sus fines; aquel ansia de derramar sobre todos los seres la dicha de la animación; aquel empeño por extender la dicha de la animación á todo y por presentarle al mundo, que en cada uno de sus puntos se goza en sí mismo, como una cosa perfecta enfrente de la construcción dualística de la espiritual sobre lo inconsciente, todo esto no es más que una de las dos series de motivos que nos impulsan á buscar el calor de una actividad inteligente detrás de la glacial superficie de la materia y debajo de las costumbres rígidas y rutinarias de su mecánica acción. Otra serie de motivos más apremiantes se encuentra en las contradicciones metafísicas que nos hacen imposible el concepto de una cosa que sea, pero no se posea y goce así propia, y nos compelen á persuadirnos de que sólo en seres vivientes cabe verdadero ser, y que todos los demás modos de ser no pueden explicarse sino por la vida espiritual, y no ésta por aquéllos²..”

¹ *Relación oficial del Congreso monacense de sabios naturalistas*, pág. 36.
² *Mikrokosmos*, tercera edición, tomo I, pág. 408.

Con cierta cautela, pero con bastante decisión, el más petimetre de todos los filósofos alemanes¹ recuerda el supuesto impulso del Absoluto creador, que se actúa en la difusión de la materia, opinando que “lo Absoluto, siente, como materia que se extiende, una delectación parecida á la que nos proporciona á los seres humanos “la libertad de expansión y ampliación ilimitada de nuestra existencia. (¿hay alguno entre mis lectores á quien no se le ocurra el placer que sentimos cuando, después de una noche de sueño, nos desperezamos bostezando?). Como cuerpo celeste en movimiento sin descanso, el Absoluto experimenta, lanzándose por aquellos espacios inmensos, la misma sensación de la fuerza probada y del anhelo satisfecho “que á nosotros nos anima cuando vamos recorriendo grandes distancias. Cree que “así como el ave se deleita volando, los planetas mismos gozan la rapidez de su movimiento; y así como aquella contempla con agudísima ojeada los hermosos cambios de paisaje debajo de su camino aéreo, midiendo por ellos la magnitud de los espacios atravesados, hay también en las estrellas un conocimiento de la longitud de las distancias vencidas. Por lo visto nuestro filósofo se remonta, como si él mismo fuera un ave de noble casta, á las alturas de un planeta. ¡Ay qué placer sería ése! ¡tanto gozo sienten los planetas, digo el Absoluto, cuando se echa por esos mundos en forma de estrellas errantes! Pero ¿por qué, si buscaba un término de comparación, no se ha valido desde luego, en vez del ave, del alegre oficial de artesano que por ver el mundo y perfeccionarse en su oficio anda de lugar en lugar? Pues LOTZE mismo reconoce y aprueba que nuestras consideraciones especulativas sean guiadas de vez en cuando por lo que llama “reminiscencias amables de la plena existencia humana. A nuestro entender, el menestral de viaje, tarareando para abreviar su camino graciosas coplillas, hace mucho más concebibles los sentimientos que puedan animar el corazón del Absoluto ganoso de ver el mundo, que un melancólico pájaro viajero. Adelante. Cuando la materia, opina LOTZE, particularmente en estado gaseiforme, trata de dilatarse y encontrar salidas, “la acompañamos con un sentimiento como de quien se librase de una opresión sofocante; y así como nosotros, al aspirar profundamente, creemos sentir directamente un aumento de fuerza vital en la dilatación de nuestro pecho, hay también una reminiscencia vaga de la dicha sensible de semejante expansión activa en la idea de la acción de llenar el espacio que atribuimos á la materia²..”

Lástima que nuestro elegante filósofo no haya seguido des-

¹ H. LOTZE. — (*Advertencia de los traductores*.)

² *Loc. cit.*, pág. 404.

arrollando su fecundo pensamiento. ¡Cómo abunda la "plena existencia humana", en reminiscencias amables que podrían utilizarse magnífica y gratuitamente para ilustrar las afecciones internas del Absoluto! ¿Os pisan un juanete? recordad que á menudo el Absoluto goza "impresiones", más fuertes cuando viste la forma humilde de tachuela de zapato y de adoquín. ¡Increpáis airados á un pobre muchacho por una travesura? Considerad que los sentimientos del mozo que aguanta callado vuestras reconvenções son semejantes á los que deben mortificar al Absoluto cuando anda en forma de prosaico pañuelo en los bolsillos de la culta humanidad. Cuando des de palos á tu perro, los gemidos de tu fiel Argos te traerán á la mente la indignación que debe sentir el Absoluto cuando tu ayuda de cámara lo azote en tu gabán para quitarle el polvo. El lector puede, si tiene gusto en ello, continuar sin dificultad la serie de airosas y muy humanas situaciones en que la idea original de Lotze permite colocar á la majestad del Absoluto.

295. Acabemos ahora la crítica. Todo el que haya leído atentamente las anteriores indicaciones, habrá echado de ver que encierran un elemento de verdad que debemos guardarnos de despreciar; tratemos más bien de ponerlo de manifiesto, limpio de todo error, pues que nunca hay que verter al niño con el baño.

Aborrecen las *hendiduras*; claman por unidad y monismo. En efecto, la observación de los hechos demuestra que reina en la naturaleza cierto monismo que no tolera hendiduras; aquel monismo que caracteriza singularmente á la filosofía peripatética. Los antiguos pensadores hacían, con razón, observar que la naturaleza suaviza las transiciones de una á otra clase de cosas, disminuyendo sus diferencias á medida que se acerca á los límites que las separan (*supremum inferioris tangit infimum superioris*); y que abraza todos sus reinos con los vinculos de analogía nunca interrumpida. Entre las analogías que podrían señalarse, es notable aquella por la cual toda cosa natural—desde el hombre hasta la molécula más sencilla—comprende en sí el dualismo real-ideal de forma y materia. En la consideración de los fenómenos orgánicos y psíquicos se impone, según ya vimos, imperiosa la necesidad de buscar un momento superior al puramente mecánico; pero aun en el mecanismo de las cosas inorgánicas se descubre sin dificultad un principio interno que regula y determina su modo de obrar (número 246 y siguientes). En este sentido tiene razón NÆGELI cuando niega que haya en la naturaleza transiciones violentas, y pide un momento determinante y teleológico al lado del momento material de las cosas. No envidiamos á los muchos sabios, que en número cada vez más crecido acentúan esta idea, la gloria de ha-

ber hecho un nuevo descubrimiento; pero el deber de justicia nos manda insistir una y otra vez en que su pensamiento—depurado de todo lo que tiene de accesorio y secundario—no es más ni menos que el pensamiento fundamental de la antigua filosofía. La forma y la materia no se detienen en ningún punto; donde cesan las facultades psíquicas ó vitales, no se levanta ninguna barrera para ellas; unidas en fraternal abrazo recorren toda la naturaleza. Los antiguos no se figuraban al Creador del mundo—y perdonémosle la vulgar comparación—como á un relojero que dispone y compone piezas hechas y derechas, ni como á un pirotécnico que, preparando una brillante función, mezcla y combina materias que la naturaleza le da con las cualidades químicas que necesita, sino como verdadero *Creador* que puso en las cosas un principio de evolución, normalidad y determinación que fuera su "naturaleza"; de manera que vemos las cosas obrar como causas próximas de su desarrollo y acción peculiar.

296. ¿Qué hemos de decir en cuanto á lo demás, respecto de la posición brillante del psiquismo? Confesémoslo sin ambages: vemos tantos dislates ingeniosos en el cuantas teorías encierra. Lotze en particular ha demostrado, como otro no lo hará tan magistralmente, que con frases selectas, ejemplos cautelosamente escogidos y limada dición se puede dar cierto relumbrón de ciencia á las más necias fantasías. Sin embargo, no queremos excusar la molestia de examinarlas como si lo merecieran.

SPITZER dice en su libro arriba citado que la concepción hilozoística del mundo es filosofía de monismo por excelencia; pero "que es discutible si con igual razón no debe llamarse filosofía de la confusión". Nosotros vemos en esta confusión un criterio de la falsedad. Concedemos que nuestra razón, destinada á servir á la verdad, tiene cierta tendencia á la sencillez, al orden y clasificación, pero de ningún modo propende á uniformarlo todo. Quien uniforma lo que no es uno, violenta las leyes de la razón y de la verdad tanto como el que desune lo que es uno. En realidad, la tendencia á discernir no es menos natural á la razón que la propensión á unificarla. Pues en el fondo, la razón converge á la verdad antes que á la unidad, y la ciencia de su parte no es construcción, sino investigación de la verdad. Por consiguiente, si el hilozoísmo, desconociendo el carácter de la verdad, ignorando las normas de nuestra inteligencia, atropellando la naturaleza de nuestra razón y desatendiendo el ministerio esencial de la ciencia, confunde las cosas más heterogéneas, embrolla los hechos y cosas más diversas como si nada importaran el orden y la exactitud, no ejerce de ciencia, sino se sujeta á intereses de escuela y partido; no investiga la naturaleza, sino prepara sortilegios cuyos resultados, monismo ó lo que

fueren, son inadmisibles para nosotros. La ciencia debe tomar las cosas tales como son, pues deja de serlo cuando las amolda á un tipo preconcebido y favorito.

Al catedrático von NAGELI le quisiéramos recordar que exagere cuando afirma que la gradación descendente de la naturaleza no muestra límites que puedan marcarse con seguridad. Todos sabemos que la vida sensitiva está en los animales, y la vida vegetativa en los seres orgánicos (núm. 278). Igualmente debemos denunciar como adulteración censurable de los hechos positivos que el insigne sabio sepa de la vitalidad y sensibilidad solamente que "son nuevas propiedades relativas que corresponden en ciertas circunstancias á las moléculas de albúmina". Para que su deducción fuera razonable por algún concepto, debería partir de la suposición de que, según observaciones fidedignas, seres animales (sensibles) *naciesen* directamente de seres faltos de sensibilidad. Como quiera que sucede precisamente lo contrario, le dejamos que siga pescando en el agua que él mismo ha enturbiado tan inconsideradamente.

El que sea aficionado á asertos destituidos de todo fundamento, mire y admire estas afirmaciones de Lotze: a) Tenemos aversión á considerar algunas cosas en el mundo por medios inanimados para la consecución de los fines de las demás; b) anhelamos á difundir la dicha de la animación por todas las cosas sin excepción, y pensamos al mundo feliz en el goce de sí propio; c) el concepto de una cosa que sea y no se posea y goce al mismo tiempo, envuelve una contradicción, y así sucesivamente (núm. 294). Cada una de estas aserciones se mece como burbuja de jabón en el aire, para solaz acaso de más de un hombre niño. ¿A qué ir á turbar su inocente distracción examinando de cerca y tocando los delicados globitos que aquel soñador lanza al aire? Por la industria de quimeras no se exigen gabelas en el dominio de las ciencias.

292. Algunos sabios interesados en encontrar nuevas razones que confirmen las veleidades del monismo hilezoístico, han alegado una procedente de la teoría del conocimiento, á la cual vamos á dedicar unas cuantas palabras de mención solamente. De la premisa de que nosotros, en cuanto sujetos, pensamos y sentimos, se concluye que también todas las cosas, en cuanto objetos, deben obrar sintiendo y pensando; de modo que *nuestro* conocimiento presupone otro en las cosas. El raciocinio que engendra una proposición tan rara, es poco más ó menos el siguiente: "El pensar no puede salir de sí sin que el contenido verdadero y positivo de lo que trae del lado que cae fuera de la esfera de su conciencia sea á su vez pensamiento, representación, idea." Una vez más tenemos aquí el conocido axioma que ha sido repetido hasta el cansancio

por nuestros idealistas alemanes: "Todo *ser* que ha de ser pensado por nosotros, debe *pensar* al mismo tiempo; suministrar á una inteligencia un contenido ideal y pensar por sí propio, es una misma cosa." Hasta hoy estamos todavía aguardando á quien nos demuestre tan estrafalarias proposiciones. Si éstas fueran verdad, podríamos con igual razón argumentar de esta suerte: "La visión del ojo no puede salir del ojo; por consiguiente, no puede ser visto lo que no ve; paralogismo cuya falsedad es obvia, puesto que el único requisito necesario para que las cosas puedan ser pensadas es el que sean *objetivas*. No tenemos reparo en conceder que la constante acción y producción de la naturaleza, objeto de la observación y del estudio del naturalista, no bastan á explicar nuestro conocimiento. En el incansante flujo y reflujo del mar de las cosas se ofrecen al entendimiento algunas determinaciones en que puede fijar su atención, puntos de descanso que, elevándose sobre las olas agitadas del continuo *nacer* y *morir*, representan el sosiego inmutable del *ser*. Llámense estos puntos de descanso (nudos en la trama de la naturaleza) *ideas, formas, entelequias*, —pues nada nos va en el nombre— lo cierto es que no es menester suponer representaciones subjetivas en un objeto para que nosotros podamos representárnoslo en nuestro entendimiento. Si luego aquel momento objetivamente lógico de las cosas, que es el objeto inmediato de nuestro pensamiento, no se reduce al fin á su vez á cosa pensada, y que presupone, por consiguiente, un pensamiento subjetivo, ésta es una cuestión afirmada por todos aquellos que tienen á la verdad respeto bastante para no rebelarse ante todo contra la idea de un Dios creador del mundo."

§ IX

La vida universal de la naturaleza.

293. Si bien no es necesario para dar por terminada la discusión de la presente materia, conviene, por cuanto se relaciona con ella, ventilar todavía la cuestión de si no debemos reconocer en toda la naturaleza cuando menos los encantos de la *vida* que aún hemos atribuido al vegetal.

Dando á la palabra *vida* la significación más amplia con que la suelen usar los poetas, la vida no se echa de menos en parte algu-

¹ No es raro encontrar en las obras de los escritores eclesiásticos proposiciones como éstas: Las criaturas son los pensamientos de Dios; la forma (éste es el momento lógico de las cosas) es la idea divina impresa en las cosas. Así dice también Santo Tomás: «Forma nō est aliud quam divina similitudo participata in rebus.» (L. III Contr. gent., c. 97.)

na de la naturaleza, y es otra vez el *principio formal* peripatético, la *tendencia natural*, lo que derrama la poesía de la vida sobre todos los reinos naturales. Poesía hay en la cosa natural más sencilla; prosa es el mecanismo construido con el mayor arte. Todo ser natural es regido por un agente interno é ideal, que en vano buscaríamos en la máquina más ingeniosa. Así, pues, como los antiguos pensadores hablaban por analogía de cierta espiritualidad de las cosas orgánicas (por ejemplo, de la *immutatio spiritalis oculi*), no les era extraño tampoco aplicar el concepto de la vida á la naturaleza en general sólo con el fin de indicar que la naturaleza era de todas maneras más que mecanismo artificial.

239. Mas luego que ceñimos el concepto de la vida á su significación propia y exacta, debemos sostener que la vida no pertenece sino á las cosas orgánicas. No toda actividad espontánea por la que un ser se da su volumen, y opone resistencia á otro que se lo disputa y mantiene su estado mediante la inercia, es "vida", en el sentido propio de la palabra. Como verdadera vida se suele designar solamente aquella actividad por la que una cosa trata de perfeccionarse más allá de lo que consentiría sin ella su equilibrio químico-físico. Distínguese comúnmente una vida vegetativa y otra cognoscitiva; ésta es á su vez ó vida racional ó vida sensitiva⁴. Ya que hemos dedicado suficiente atención á la vida del conocimiento en las consideraciones precedentes, podemos ahora limitarnos á la consideración de la vida vegetativa, llamada también orgánica simplemente.

La perfección que la vida confiere al ser que la posee, consiste en general en que una cosa se debe en un grado singular á sí misma, no á otras, el modo de ser y obrar que la caracteriza. Esta era la intención de los antiguos cuando definían la vida como la razón substancial en cuya virtud un ser se mueve á sí propio⁵. Mientras que las cosas naturales son excitadas generalmente á obrar mutaciones en otras, es propio de los seres vivientes ser excitados á producir mutaciones *en sí mismos* ó á moverse á sí propios, tomada la palabra *movimiento* en un sentido tan amplio que se aplique también á la de percepción, conocimiento y apetito. No debe, pues

⁴ «Operatio rei viventis circa seipsam, dicitur Suárez, aut ordinatur tantum ad seipsam perfectiendam, conservandam vel propagandam in suo esse naturali, et sic pertinet ad gradum vegetativum, vel ordinatur ad se perfectiendam recipiendo in se res alias et quodammodo formas vel simulaera illarum in se formando: et hic sine dubio altior modus operationis est, ex quo generalis ratio, animae cognoscentis distinctae a vegetabili consurgit. Ille autem operandi modus vel per organum corporum, vel sine illo fieri potest; et sic distinguuntur duae aliae animae, sensitiva et rationalis.» L. I *De anima*, c. 7, n. 5.—Cf. S. AUGUST., I. *De quantis. an.*, c. 33; S. THOM., *Summ. theol.*, I (q. 78, n. 5 y n. 78, n. 1.)

⁵ Por primera vez definió la vida así PLATÓN en el *Phaedrus*, II, p. 245. Después ARISTÓTELES I. VIII *I hystic.*, c. 4, y I. I *De anim.*, c. 2.

buscarse la perfección propia de la vida en que un ser sea movido ó alterado, siquiera este movimiento ó esta alteración lo perfeccione de modo análogo al desenvolvimiento, sino en que la acción motriz ó alterante parta de él mismo y no de otro.

Lo que en la esfera orgánica (ó vegetativa) constituye el carácter de la vida, es que un ser se construya á sí propio; que rompiendo las barreras del equilibrio químico-físico por vía de intususcepción, se nutra asimilándose las substancias apropiadas y expeliendo las inútiles ó gastadas, y trate de reproducirse conforme al tipo de su especie. "La verdadera diferencia entre la intususcepción orgánica y la yuxtaposición inorgánica de las moléculas no consiste, observa Lotze, en que el crecimiento del cuerpo inorgánico se efectúe siempre mediante la agregación de las substancias que lo rodean á las partes exteriores de su forma, y nunca mediante la recepción del incremento en el interior de su substancia, mientras que el cuerpo orgánico introduce su alimento en su interior, bien por la boca, bien por otras aberturas, y en vez de depositarlo allí junto á las partes ya existentes, lo reparte y difunde por todas ellas, y de este modo mezcla siempre el material antiguo con el nuevo de la manera más íntima... (si bien estas circunstancias son en parte notables por sí, en parte señalan diferencias esenciales)... El verdadero "interior", en que el organismo introduce su alimento, no es el interior local de su cuerpo, sino *el plan de su organización*.

En esto, pues, consiste la *intususcepción*: en que no se consiente á ninguna parte del cuerpo vivo recibir del mundo externo, por sí sola y sin previo concierto con el conjunto, un aumento de masa cuya apropiación le haría salir de las relaciones que el *tipo de la especie* le manda guardar respecto de las demás partes, sino que más bien todo el acarreo de viveres redunde primero en bien del *conjunto*, y por éste sea distribuido á todas sus partes "mediante órganos especiales destinados á este servicio y en la cantidad que pueden exigir conforme al tipo general que ha de ser realizado",⁶.

Para que un ser pueda ser designado como viviente, los fenómenos que en él notamos deben compelernos á concebirlo como *uno*, el cual se mueva y se perfeccione por impulso interno.

En la facultad ilimitada de propagarse y en los diferentes procesos curativos que se verifican en los organismos animales y vegetales tenemos un argumento irrefragable que nos precisa á re-

⁶ "Fisiología general de la vida corpórea" (*Allgemeine Physiologie des Körperlichen Lebens*), página 128.

conocerles un principio vital propio que domina las fuerzas físicas y químicas (núm. 123).

Téngase presente esta aclaración del concepto de "vida," y sin dificultad se conocerá que los límites de lo orgánico marcan también los de lo viviente.

¿Hemos, pues, de llenar toda la naturaleza de la podredumbre de la muerte, y ver en cada risco un esqueleto? ¡Vanos temores! La muerte designa la falta de vida en los organismos destinados naturalmente a vivir.

300. Para acabar de confutar al dinamismo psíquico, nada mejor podemos hacer que desarrollar la escala de los seres naturales que hemos hallado como hechos empíricos en el mundo real.

Entre todos los seres naturales, el hombre es el único ser que dispone de inteligencia en el sentido propio de la palabra; el uso de la lengua, el progreso ilimitado, el conocimiento y apetito sobrepasando las condiciones materiales, y muchos otros atributos de la propiedad exclusiva del ser humano entre todos los que habitan la tierra, son testimonios irrefutables de la inteligencia del hombre. La conducta del animal demuestra también inteligencia; pero el ser animal no la posee él mismo. Si el ratón de campo corta el germen á los granos almacenados para el invierno de modo que no empiecen á brotar; si la hormiga cierra con un pedazo de pizarra la entrada del hormiguero amenazado por la lluvia; si la zorra indaga un sitio donde esconder su presa aun antes de ir á sorprenderla, no son éstas más ni menos obras de inteligencia que los hechos de que las fieras destinadas á robar su alimento tienen robustos músculos y poderosos dientes, que los animales débiles son ligeros de pies y finos de oído, y que las aves palustres tienen zancas, cuellos y picos largos; y no es otra la inteligencia que admiramos en la pradera matizada de colores y en la lejana mecánica de los astros. Todos aquellos casos que indican inteligencia son muy limitados en las diferentes clases de animales, y se ofrecen siempre con tanta perfección como monotonía; los seres guiados por el instinto se parecen á los organillos que tocan las piezas con precisión incomparable, sin que por eso el muchacho que da la vuelta al manubrio tenga que ser músico de profesión. Los casos en que todos los animales obran como sólo un ser falto de inteligencia puede obrar, son tan numerosos que en ningún momento de su vida deja de ofrecerse algún ejemplo. Por otra parte, no es en los animales, como en las estrellas, sólo la precisión matemática lo que indica inteligencia; no es en ellos, como en los vegetales, sólo la asombrosa teleología de la organoplástica lo que proclama un autor inteligente; es la vida del conocimiento sensitivo más cercano á la inteligencia lo que reverbera la luz de la inteligencia del

Hacedor supramundano, lo cual ha sido causa también de que algunos investigadores se inclinasen á atribuir inteligencia á los animales más bien que á los astros ó á las plantas.

Lo que debemos conceder á los animales, es una verdadera vida de conocimiento sensitivo con percepción y sentimiento: vida que conoce situaciones materiales sueltas, que siente ciertas afecciones propias suyas y apetece goces sensuales. El principio de unidad que suponemos en cada animal, lo debemos pensar dotado de aquellas facultades que correspondan á los fenómenos que parecen en la vida de los animales; debe, pues, ser un principio que ejerce la vida sensitiva mediante el uso de los órganos, y para este fin se los ha formado y los conserva.

En los vegetales ya no hay vestigio de vida sensitiva, nada que indique percepción ó sentimiento. Siempre han abundado, á la verdad, las doncellas hiperdelicadas, y no han faltado tampoco sabios extraviados que oían el regocijo y el llanto de los flores, y tomaban parte en las alegrías y pesares de sus relaciones amorosas. Pero acá, en las regiones heladas de la ciencia, esos sentimentalismos han vuelto siempre á resolverse en nada. Naturalmente, el que, como ROBINET¹, ve una percepción en toda irritación que excita á cualquier viviente á apeteecer ó huir un objeto, debe atribuirle, no sólo á todo nabo en el campo, sino á todo guijarro en el arroyo. Pues qué, ¿no es dable afirmar así que se confunden y equivocan los significados de las palabras? Todos los fenómenos de la vida vegetal, y aun aquellos que afectan más distintamente movimientos espontáneos (cuales son el heliotropismo, el afeliotropismo, el geotropismo, el nietítropismo), se explican suficientemente por una tendencia natural absolutamente insensible.

Queda, sin embargo, en el reino vegetal aquella teleología de la organoplástica que en el de los animales produce tan profusa variedad de formas. La vida de los vegetales desempeña las mismas funciones que la vida orgánica (ó vegetativa) de los animales. Como en el organismo animal, también en el vegetal el proceso vital es más que el resultado de reacciones químicas y esfuerzos físicos (núm. 123).

En todo concepto, tanto por lo que respecta al quimismo, á la construcción celular, organización, asimilación y secreción, como por lo que dice orden al origen, á los procesos de nutrición, al crecimiento y á la determinación de la existencia en cuanto á la forma externa, la magnitud y la duración de la vida, los vegetales se parecen á los animales.

El que negara á los vegetales un principio especial de vida, no

¹ De la nature, pág. 7, c. 5.

debería ver tampoco en el organismo animal más perfecto sino un juego químico-físico de átomos. De la florecilla que orla la vereda se puede decir también, como del escarabajo que se arrastra por el verde tapiz de los bosques, estas palabras de JUAN MUELLER:

“Una obra del arte *mecánico* está hecha conforme á la idea que flotaba en la mente del artista, conforme al fin que buscaba en su efecto. Una *idea* está también debajo de cada organismo, á la cual se ajusta la construcción de todas sus partes. Hay, pues, una idea en uno y otro caso; pero la del mecánico está fuera de la máquina que construye, y la del organismo está dentro de él, operando en él con necesidad y sin intención.”

No tiene, pues, la linda florecita que devanarse los sesos sobre el modo más eficaz de componerse.

“La razón teleológica de los cuerpos orgánicos *no puede elegir*; la realización de un solo plan es necesidad indeclinable en ella. Obrar *con arreglo á un fin* y obrar *con necesidad*, son más bien una misma cosa en esta causa eficiente. Por tanto, no se debe confundir la fuerza organizadora con nada que sea análogo á la conciencia de un espíritu; no se debe comparar su acción ciega y necesaria con el trabajo del entendimiento cuando forma ideas ¹.”

Con esta aclaración queda desde luego resuelto también el problema de la sensibilidad ó hasta la inteligencia de la naturaleza de las cosas, causa de su modo regular de conducirse. Este es nuestro *caeterum censeo*: basta suponer en cada cosa solamente una razón que determine su modo de obrar, razón que regula y determina por ser mandato real de Dios. Esto, y sólo esto, responde á los hechos. La multitud de cosas reguladas por múltiples razones de tendencia (principios teleológicos) ha sido evocada de la nada y ordenada en escala ascendente por una inteligencia que abarca todo el universo y á todo le da ella misma el ser; desde su origen están todas destinadas y habilitadas para producir el orden armónico de la creación. Pero cuantos hechos han sido observados, y la pluralidad y limitación de las cosas individuales, excluyen la posibilidad de atribuir esta inteligencia á las cosas mismas. El mundo señala irrecusablemente una inteligencia primaria, y atestigua al mismo tiempo no menos irrecusablemente que él no es esta inteligencia primaria.

¹ *Manual de la fisiología del hombre*, I, pág. 23; II, pág. 500.



APÉNDICE SUPLETORIO

LA EXPLICACIÓN ATOMÍSTICA DE LAS COSAS NATURALES

§ I

La cuestión.

301. Aprestándonos ahora á examinar más de cerca los átomos vamos á hacernos cargo de esta cuestión: ¿Es necesario, ó en cuánto es admisible, poner la verdadera esencia de las cosas naturales en partículas pequeñísimas, de suerte que tengamos que considerar á cada cosa natural (esto es, á todo ser viviente lo mismo que á toda molécula) como un ejército real de cosas ligadas entre sí por vínculos meramente externos, y ver en todo fenómeno natural la acción sólo exteriormente combinada de aquellos numerosos corpúsculos?

Mucho se habla de una controversia pendiente entre dinamistas y atomistas. Esto no es exacto. Los que controvierten son el dinamismo y el *mecanismo*. Verdad es que el mecanismo *necesita* de partículas pequeñísimas para efectuar los procesos de movimiento, y por esto el mecanismo va *siempre* unido al atomismo, el cual es llamado por otros minimalismo.

“El materialismo, observa SCHOPENHAUER, niega todas las fuerzas primordiales, tratando en vano y en apariencia de reducirlas todas, sin exceptuar siquiera la fuerza vital, á la acción meramente mecánica de la materia. Lo que pretende es reducir toda cualidad á cantidad sola, considerando la cualidad como á mera forma por oposición á la materia propia. Este derrotero le lleva con necesidad á la ficción de los átomos ¹.” El dinamismo no necesita recurrir á los átomos, pero los admite por cuanto puede sostener que lo primero que forman las fuerzas son átomos, y que de los átomos invariables nacen los cuerpos. Hay, por lo tanto, según arriba vimos (núm. 272), también un atomismo dinámico, y el dinamismo, como tal, está reñido con el atomismo solamente por

¹ *El mundo, representación y voluntad.*